


Vázquez Ferreira, M. A. (2025). *Las metamorfosis de la racionalidad capitalista: egoísmo, sufrimiento y beneficio*. Madrid: La Catarata, 288 páginas

David Perdomo Munar

Universidad Complutense de Madrid ✉ 

<https://dx.doi.org/10.5209/crla.104740>

Publicado en línea: 23/12/2025

Miguel Ferreira ofrece en este ensayo una reconstrucción histórica del capitalismo a partir de las transformaciones que ha experimentado su racionalidad estructural y subjetiva. El capitalismo no puede entenderse únicamente como una forma de organización *de las necesidades colectivas* a partir del beneficio privado, sino como una estructura social sostenida por dos agentes sociales específicos, y en dos fundamentos emocionales concretos: el egoísmo del empresario y el sufrimiento del trabajador. Estas emociones están socialmente determinadas y atraviesan las estructuras, prácticas y subjetividades que han sido decisivas en las transformaciones que dieron lugar a las racionalidades del liberalismo clásico, el keynesianismo y el neoliberalismo.

El libro devela cómo aquello que se presenta como una única racionalidad objetiva e invariable (*cálculo, inversión, beneficio, trabajo*) esconde una dimensión fenomenológica y emocional que explica las rupturas históricas de la economía capitalista. Siguiendo a Bourdieu, Ferreira muestra que la economía está conformada por una dimensión simbólica que permite catalizar el sufrimiento del trabajador y redefine el rol del egoísmo en la búsqueda del beneficio privado. Salario, consumo e inversión se sostienen al estar inscritos en narrativas que le otorgan legitimidad al goce *del beneficio* por parte de una minoría capitalista. En este marco analítico, la obra de Eva Illouz (2007) resulta clave para precisar de qué modo el sufrimiento –producido por la alienación y la explotación en el trabajo– no es un *aspecto* psicológico o invariable, sino una emoción socialmente moldeada por la promesa moderna de autonomía y autosuperación individual. De la misma manera, el egoísmo no es un instinto, sino una disposición social que cambia según la racionalidad que haya asumido el capitalismo. La búsqueda del beneficio individual puede expresarse como la búsqueda de ganancia a través del intercambio, como una predisposición al consumo o como inversión en sí mismo para *potenciar* la competencia. El análisis no se centra solo en las condiciones que organizan la satisfacción de las necesidades a partir de la explotación y enajenación del trabajador, sino en su capacidad para producir adhesión simbólica, de *capitalizar simbólicamente* las emociones de los agentes sociales.

La obra está comprometida, además, con una apuesta metodológica clara: la sociología reflexiva. El análisis de la realidad social implica un retorno a la subjetividad, a las formas de acción social que dan forma a las instituciones objetivas. Inspirado en la tradición de Jesús Ibáñez, Bourdieu y Wacquant, Ferreira no separa el objeto del sujeto de investigación. Reconoce que su lugar como investigador está condicionado por la racionalidad neoliberal que analiza: la precariedad laboral en la universidad, la presión por la productividad y la competencia académicas permiten entender los mecanismos de *capitalización* simbólica del sufrimiento en la actualidad. La reflexividad implica objetivar la propia posición social desde la cual se produce el conocimiento y esclarecer de qué modo la competencia y la responsabilización individual afectan también al investigador. El hecho de

que el libro haya sido presentado como tesis doctoral en una facultad de Estudios empresariales no es un detalle retórico, sino la expresión de la sociología reflexiva: comprender el capitalismo exige esclarecer de qué modo la racionalidad investigada ha condicionado al investigador.

La estructura del ensayo se organiza en seis capítulos, dos secciones de producción y transducción que recogen los presupuestos teóricos de Ferreira y una serie de reflexiones parciales, inductivas, que dan cuenta de los hallazgos del *proceso reflexivo*. Tras presentar los compromisos teóricos del investigador (Capítulo 1), tres capítulos centrales reconstruyen las racionalidades históricas del liberalismo, el keynesianismo y el neoliberalismo a partir de las obras de Smith, Keynes y Friedman. Cada una de las racionalidades es analizada en dos planos entrelazados: el estructural –formas de producción, papel del Estado, organización del trabajo– y el fenomenológico –emociones, significados y resignificación del egoísmo y del sufrimiento. Este doble enfoque permite entender cómo los cambios materiales y los cambios simbólicos se entrelazan en cada etapa histórica.

En la racionalidad liberal del siglo XIX, el capitalismo se organiza alrededor del intercambio mercantil y la fábrica. Adam Smith introduce la idea de la mano invisible: la persecución individual del beneficio produce, sin proponérselo, un beneficio colectivo. El empresario actúa movido por el interés propio y el trabajador soporta jornadas extensas, explotación y enajenación. El Estado tiene un papel limitado, pues no interviene en la regulación de la producción o la distribución. El egoísmo se entiende como interés individual legítimo y el sufrimiento del trabajador se *cataliza simbólicamente* como una promesa de *superar* el sufrimiento individual a partir del progreso colectivo. El sacrificio en condiciones de explotación se justifica en la promesa de que el esfuerzo personal contribuye al bienestar general y al fortalecimiento de la nación. En este marco, la fábrica funciona como espacio disciplinario y como símbolo del progreso industrial. La narrativa de la ilustración sostiene que la falta de autonomía del obrero será compensada, *en el futuro*, a través del crecimiento económico nacional. Sin embargo, la promesa se desgasta. El aumento de la desigualdad, la persistencia de la pobreza y la falta de movilidad social evidencian que la autonomía individual prometida no se cumple y que el sufrimiento carece de compensación real. Este desajuste entre promesa y experiencia abre el camino a la crisis del liberalismo clásico y explica la aparición de movimientos obreros, sindicatos y luchas sociales que denunciaron la contradicción entre el sacrificio exigido y la falta de reconocimiento.

El keynesianismo surge como respuesta a esa crisis. Entre 1940 y 1970 se consolida un nuevo orden estructurado por el fordismo. La fábrica se transforma en una organización de gran escala: cadenas de montaje, producción masiva y estandarizada, búsqueda de economías de escala. La producción debe mantenerse continua y el trabajador se convierte en un engranaje de la cadena. La alienación se intensifica: pierde control sobre su oficio, realiza tareas mecánicas y queda sometido a una estricta vigilancia. Ese sufrimiento no desaparece, pero se compensa con beneficios concretos. El Estado asume un papel central: garantiza el pleno empleo, regular la demanda y sostener el consumo mediante políticas redistributivas, servicios públicos, derechos laborales y seguridad social. El acceso a la educación, la salud pública, las vacaciones pagadas y las pensiones se convierten en regulaciones estatales. Se construye así la figura del trabajador asalariado integrado, que recibe reconocimiento político y social. El egoísmo también cambia: ya no es una búsqueda de incremento en el beneficio futuro, sino una estimulación del consumo. La compra de electrodomésticos, automóviles o viviendas se convierte en motor de la rentabilidad y de la integración social, porque mantiene activa la demanda que sostiene el modelo productivo. Este pacto funciona durante tres décadas, pero entra en crisis en los años setenta. La combinación de

inflación y desempleo vuelve insostenible el equilibrio entre productividad, redistribución y estabilidad.

Finalmente, la racionalidad neoliberal aparece como una *supuesta* respuesta a la crisis del keynesianismo. Su argumento es que el estancamiento se debía a la rigidez del mercado laboral y a la excesiva intervención del Estado. La solución planteada es la flexibilización del empleo y la desregulación del mercado. En la práctica esto significa proliferación de contratos temporales y parciales, precariedad como norma y externalización de riesgos hacia el trabajador. La organización productiva deja de girar en torno a grandes fábricas fordistas y se fragmenta en redes globales, subcontratación y cadenas descentralizadas. El Estado no desaparece, se convierte en promotor de la mentalidad empresarial, en garante de la competencia y en defensor de la desigualdad como condición de la libertad económica. La lógica que domina ya no es la protección del trabajo, sino la creación de un marco donde cada individuo deba concebirse como empresario de sí mismo.

El egoísmo se redefine como auto inversión. Cada trabajador debe pensarse como capital humano, invertir en sus propias capacidades, mejorar sus aptitudes y competencias y responsabilizarse de sus resultados en la búsqueda de empleo. El sufrimiento, en cambio, deja de encontrar cualquier compensación colectiva. No hay derechos laborales ni servicios públicos que lo resignifiquen. Se privatiza y se individualiza el sufrimiento: la precariedad, el desempleo y la ansiedad se presentan como déficits individuales que deben resolverse con resiliencia, terapia o autogestión. La figura del trabajador autónomo que debe pagar su propia seguridad social, gestionar sus tiempos y competir con otros individuos da cuenta de este cambio. Ferreira sostiene que esta racionalidad aún no ha entrado en crisis, pero que la lleva inscrita en sus propios fundamentos. Ningún sistema puede sostenerse indefinidamente sin reorganizar el sufrimiento de forma que suponga una *compensación* o una forma de capitalización. El neoliberalismo, al reducirlo a responsabilidad individual, no ofrece un mecanismo de legitimación duradero. Más que ofrecer una alternativa al sufrimiento (la *precarización* y la responsabilidad individual), la racionalidad neoliberal se sostiene en la ausencia de alternativas y en la *responsabilización* individual por el propio sufrimiento.

El recorrido histórico de Ferreira muestra que el egoísmo y el sufrimiento son elementos constitutivos del capitalismo, que se resignifican y se *catalizan* de forma específica en cada momento de la historia. En el liberalismo, el egoísmo se expresa como *la búsqueda* de interés particular y el sufrimiento una promesa futura de *reducir* el propio sufrimiento a partir del progreso nacional. En el keynesianismo, el egoísmo adopta la forma de consumo y el sufrimiento se compensa con derechos y servicios sociales que incentivan al trabajador a reabsorber la producción masiva de las fábricas. En el neoliberalismo, el egoísmo se convierte en auto inversión, en incremento del propio capital humano, y el sufrimiento se privatiza sin compensación alguna, sin alternativa de *progreso* o derechos colectivos. Cada racionalidad construye su propia narrativa de legitimación, pero también arrastra su límite histórico: cuando la promesa deja de ser creíble, el modelo entra en crisis.

La fuerza del libro está en mostrar que lo económico y lo simbólico no pueden separarse. La economía no funciona únicamente por procesos de *intercambio, producción e inversión monetaria*, sino a partir de fundamentos emocionales que organizan la vida social. El egoísmo y el sufrimiento, lejos de ser aspectos individuales, son fundamentos que atraviesan y explican las mutaciones de la economía capitalista. La combinación entre análisis estructural y fenomenológico permite comprender cómo las formas de producción se sostienen porque articulan narrativas emocionales. *Las metamorfosis de la racionalidad capitalista* aporta un marco sólido para leer la historia del capitalismo a partir de sus crisis y transformaciones. Al entretener la sociología reflexiva, la sociología

de las emociones y el análisis económico, la obra logra explicar cómo la satisfacción de las necesidades colectivas a partir del beneficio individual se ha transformado a partir de los mecanismos de compensación simbólica del sufrimiento del trabajador. El libro precisa, de este modo, que toda racionalidad objetiva (estructuras económicas, institucionales o formas producción) solo puede ser comprendida plenamente al hacer explícitos sus fundamentos simbólicos, intencionales y emocionales. La racionalidad *neoliberal*, al negar cualquier compensación simbólica al sufrimiento del trabajador, no podrá sostenerse indefinidamente.